

AQUEL AÑO 78

Sergio Miguel Recarte

En el agradecimiento hacia quienes supieron abrir puertas y corazones.

1

Tenía 22 años cuando por primera vez pisé tierra vasca. Fue un día del mes de mayo de 1978 y acababa de bajarme de aquel tren que horas antes había partido de Madrid. Recuerdo que me encontraba solo en el andén de la vieja estación de Pamplona, desencaminado y sin saber qué hacer. Al lado mío, una multitud de pasajeros se diluían con rapidez hacia otros rumbos y hacia otros destinos, mientras las primeras sombras de la noche cubrían las agónicas luces de la tarde. Aún me quedaba otro trecho para llegar a destino, así que opté por tomarme un taxi al centro de la ciudad, orientando al chofer hacia un hotel lo suficiente económico para mis pobres bolsillos.

El corto recorrido hacia el centro de la ciudad tuvo su particularidad. En una intersección, el taxista se vio obligado a detenerse a causa de una manifestación reprimida mediante el empleo de gases lacrimógenos y disparos de bolas de gomas. La escena era dura. Una multitud de jóvenes retrocedían y avanzaban acorde a la intensidad de las embestidas de las fuerzas policiales y el sonar de las sirenas. Los gritos, las corridas y las consignas vociferadas sobre el fragor de los estruendos me causaron una fuerte impresión. No era para menos, tan solo llevaba unos cinco días de libertad y mi estado de ánimo era extremadamente sensible frente a esa violencia policial. Venía marcado. Unos días antes, era uno más de los miles de prisioneros que poblaban las cárceles de la dictadura militar argentina.

El taxista después de algunas maniobras logró alejarse del lugar cuando en el interior del auto se comenzaban a sentir los efectos de los gases lacrimógenos. Mientras recorría las últimas manzanas hacia el hotel, el conductor no cesó de despotricar contra los manifestantes y entre los retazos de sus críticas se destacaron algunas palabras relacionadas con el orden y los valores y, sobre todo, que nada era como algunos años atrás. "Estos son otros tiempos, caballero", masculló.

Opté por el silencio. Era lo mejor. Durante el viaje en tren me habían advertido que tuviera cuidado de lo que hablara y con quien lo hiciera. Una advertencia que salió de mis circunstanciales compañeros de asiento, todos jóvenes vascos, cuando la conversación entre nosotros orilló la política y las dictaduras, especialmente la de Francisco Franco. Además, el recibimiento de las autoridades policiales y administrativas en el aeropuerto de Barajas no había sido que digamos de los más cordiales.

Como venía como ex detenido político, tuve que realizar algunos trámites distintos a lo de cualquier turista. En los rostros ceñudos y en las miradas torvas de los funcionarios pude percatarme que para entonces, la joven democracia española aún estaba en pañales.

Esa noche dormí en un pequeño hotel frente a la estación de autobuses y a la mañana siguiente, bien temprano, abordé un transporte rumbo al pueblo de mi abuelo paterno.

Durante el viaje, que duró una hora escasa y transcurrió en buena parte y para mi pesar entre bancos de nieblas y tenues lloviznas que impedían visibilizar el paisaje, no dejé de pensar que estaba a punto de conocer a aquellos familiares que en muy contadas ocasiones había nombrado mi abuelo. Pero tenía sus motivos y sus causas.

Sobre todo, su muy reservado carácter y esa enemistad con la lengua castellana que lo llevaban al silencio. Siendo niño, sólo un par de veces lo oí hablar con cierta vehemencia y hasta con gestos y sonrisas, mientras se rascaba la cabeza y movía su boina de un lado a otro. Pero lo hacía en un idioma tan extraño, que años después supe era el euskera, el habla de los vascos. Cuando en contadas ocasiones logró mi abuelo Miguel hacer mención a su corta vida en esa aldea vasca donde había nacido, algunas lágrimas se filtraban a través de esa coraza de hombre áspero. Lágrimas que con vergüenza pretendía ocultar para retornar presuroso a refugiarse en su sólida mudez.

2

Hacia esos desconocidos parientes me dirigía en esa primavera, hace ya 34 años, llevado o arrastrado por terribles circunstancias, algo desamparado y con una tibia esperanza tintineando en el corazón.

Evoco esos momentos. El autobús, después de recorrer una carretera empinada y atravesar algunos pueblitos de viejas casas de piedras cargadas de historias y en cuyos balcones de madera colgaban amasijos de flores rojas, alcanzó una zona solitaria y silenciosa rodeada de frondosos bosques de hayas. Luego comenzó a descender. El tiempo había cambiado bruscamente. La densa niebla se fue disipando y a medida que lo hacía, dejó a la vista verdes colinas manchadas de helechales y montículos de hierbas apilados con maestría alrededor de largas estacas clavadas en el suelo. El amable paisaje se tornó encantador, espléndido. Blancos y recios caseríos salpicaban aquí y allá las laderas de la amplia hondonada por donde la carretera discurría a la par de los arroyos custodiados por chopos y densos matorrales, abiertos en ocasiones en estrechos caminos de tierras, pedregosos y húmedos, transitados por algunos rebaños de ovejas bajo la atenta mirada del pastor. Las crestas de las montañas, a lo lejos, parecían inclinarse al paso de las nubes viajeras dentro de un cielo cada vez más azul.

El conductor del autobús, en un momento, me informó que estábamos a punto de llegar a Legasa. El final de mi viaje. Minutos antes, su acompañante, al saber que era argentino, se había acercado a mi asiento. Con cierta curiosidad, pero con simpatía dio muestra de su sorpresa por mi intención de ir a ese pueblo. Me pasó a detallar que era bastante pequeño, de escasos habitantes, todos ligados al trabajo de la tierra, que tan sólo tenía una fábrica y poco más. Advirtió, como si me hiciera un favor, que ya no tomaba nuevos obreros, porque según él "la situación no era de lo mejor".

Le dije que por el momento no tenía ninguna intención de ir a trabajar a ese lugar, que sólo iba a visitar a unos parientes, pero no pude evitar sentirme algo extraño al encontrarme en esa situación. Todo ocurría de una manera extraordinaria, como ajena a mi voluntad y con una lacerante incertidumbre acerca de mi futuro. Un destello de imágenes atravesó mi memoria: mis cortos años de estudio en la Universidad de La

Plata, mi militancia y las luchas estudiantiles y políticas, la detención, el secuestro, la desaparición, el infierno y en el último peldaño, los años en la cárcel que impulsó la decisión a partir hacia el exilio.

A punto de bajarme del autobús me embargó una enorme ansiedad. Estos familiares, sin duda, fueron sorprendidos por aquella carta de mi padre. Él jamás les había escrito hasta entonces, por esas razones de dar la espalda a lo que es distante y olvidadizo. En esas líneas escritas a la apurada y después de una breve presentación, rogaba que tuvieran la amabilidad de recibirme. "Sergio, mi hijo, un joven de 22 años, está a punto de partir hacia allí. Va como exiliado político. Es una larga y lastimosa historia que él mismo se encargará de contarles, aunque el pobre va bastante sensible por lo ocurrido".

Al pensar en esos detalles, dudé que el recibimiento fuera abierto y acogedor. Era lógico que recelaran de mi presencia y, sobre todo, de los motivos por los cuales llegaba de tan lejos a su casa. Pero en fin, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

El autobús se detuvo a la vera de la carretera y pronto me encontré parado frente a un puente de piedra que conducía al interior de un escaso grupo de casas antiguas, con techos a dos aguas de tejas rojas y chimeneas por donde salía un humo gris que se elevaba nítido por arriba del valle. Pude apreciar con curiosidad, que casi todas las fachadas ostentaban un escudo de piedra que contenía una especie de sirena de cabellos ondulantes, con los brazos levantados portando un peine y un espejo.

No dejaba de sorprenderme estar en ese lugar. Precisamente donde décadas atrás partió, siendo casi un niño, mi abuelo paterno rumbo a otro mundo tan distinto al que lo vio nacer. El contraste no podía ser más notorio, aunque quizás, en esos momentos de despedida y adioses sin vuelta ni retrocesos, de dolores, dudas y temores profundos anidando en el alma, hubo un punto en común, un nexo que unió dos vidas en idénticas circunstancias. La de mi abuelo Miguel y la mía. Ante esa reflexión, un sentimiento de ternura y hasta de tristeza me invadió al imaginarme verlo despedirse, dando la espalda a su aldea y a sus padres, deshaciendo presurosos en la marcha hacia lo desconocido los abrazos, los llantos y las súplicas de quienes quedaban atrás. De igual manera fue mi partida en sentido inverso y allí, en ese mismo espacio, en el mismo puente de salida y entrada me encontraba parado, absorto, tratando de hallar una dirección.

Dos chicas, extrañadas al verme, un desconocido, no cesaban de mirarme. Aunque pretendían disimular, sus leves risas denotaban lo singular que era para ellas mi presencia en ese lugar, solo en el puente, con una gastada maleta como único equipaje y con esa desorientación de quienes se saben perdidos en el camino. Atiné a preguntarles por Carmelo Recarte. Al escucharme, se intercambiaron miradas de complicidad. Sin duda, mi acento les hizo algunas gracias. Una de ellas extendió su brazo e indicó un punto lejano del entorno. "Allá arriba, después del cementerio, El mismo camino te lleva a la ermita".

Nada sabía de una ermita así que volví a insistir. Al unísono respondieron que sí, que allí vive Carmelo. "Si te fijas bien, observarás entre aquellos árboles el campanario de la ermita. Santa Leocadia es su nombre. Nosotros vamos una vez al año porque hay unas fiestas muy bonitas".

Me alegró su simpatía, no tanto la distancia cuesta arriba de aquel lugar. Era consciente de que era incapaz de llegar hasta esa casa o hasta esa ermita, que por lo visto, parecía ser lo mismo. Los tiempos de cárceles estaban vivos en mi cuerpo.

Un poco desesperado, les manifesté que para mí era imposible llegar caminando hasta allí. Rápidamente me indicaron que en el próximo pueblo, llamado Doneztebe vivía una hija de Carmelo. "Precisamente, donde vamos ahora nosotros". Les propuse acompañarlas. Aceptaron y comenzaron a caminar al borde de la carretera. Me tiré el

lance de hacer stop justo cuando pasaba un automóvil. Se detuvo y subimos los tres. Al cuarto de hora me encontré tocando el timbre de una casona de tres plantas. Al instante se escuchó un tropel de pasos presurosos por la escalera y segundo después, los abrazos, los besos y las muestras de afectos con preguntas y un sinnúmero de inquietudes por mi situación, lograron desarmar todas mis intranquilidades. Y así, escoltado por la hija de Carmelo de nombre Mariluz, una jovial y activa mujer de mediana edad, por su esposo Pedro y por sus cuatro hijos, subí la escalera hasta llegar a una casa donde por arte de magia apreció una humeante tasa de café con leche acompañada de algunos panes con mantequilla mientras escuchaba decir en boca de esa mujer que podía estar tranquilo y seguro en su casa el tiempo que quisiera. "Somos una familia de trabajadores, pero aquí no te faltará la comida ni una cama. A partir de ahora tengo un hijo más" Ante esas palabras quedé sin habla. Emocionado me hundi prácticamente dentro del tazón. Continuó hablando y a la vez, haciendo otros menesteres, porque esa mujer no paraba en ningún momento de trabajar y hacer mil cosas a la vez sin detenerse, como pude comprobar más adelante. "Tu padre, me dijo, nos contó lo tuyo. Sabemos lo mucho que has sufrido; aquí, lamentablemente, conocemos casos como el tuyo con chavales de esta tierra, pero bueno, por ahora dejemos de hablar de cosas tristes. Estás muy delgado y necesitas comer bien y bastante aire libre, porque chico, estás terriblemente pálido".

La escena al día de hoy permanece imborrable en mi cabeza. Intenté contarle, con gran pesar, que había estado encerrado durante dos años casi las veinticuatro horas del día en una celda de dos metros por tres, pero con habilidad y buen arte impidió que continuara diciéndome que desde hacía un mes estaba toda la familia en un vilo esperando mi llegada. Agradecí la interrupción. No deseaba hablar por el momento de mi pasado. El dolor era muy grande y por las noches los sueños en ocasiones se transformaban en pesadillas aún no exorcizadas.

3

En la tarde de ese día, cuando llegué a Doneztebe, que en castellano es Santesteban, nos fuimos todos juntos a la casa de Carmelo. Durante el corto trayecto pude apreciar la belleza del lugar. Desde lo alto se veía todo el pueblo, rodeado en parte de dos ríos que en un punto se unían para acoplarse a otro llamado Bidasoa. Un poco más allá, otro pueblo escoltaba al siguiente y esforzando la vista se podía divisar al fondo del valle que se iba estrechando entre los montes cargados de árboles. La cima de uno de ellos, el más alto, parecía vigilar el entorno y en ella un puntito blanco. Intrigado pregunté qué era y me contestaron: la ermita del Mendaur. Por lo visto, estaba rodeado de ellas.

Cuando llegamos a Santa Leocadia, un grupo de robustos robles parecían custodiar lo que era una rústica vivienda familiar de piedras adosada a una pequeña construcción coronada por un macizo y resistente campanario, lo más destacado a simple vista. Después, en otros detalles, pude comprobar la antigüedad y la impronta histórica de lo que tenía frente a mis ojos. Sin más, la inmensa campana, no acorde con el tamaño de la ermita, nos señalaba una fecha grabada que se remontaba a mediado del siglo XVI.

En el interior de la casa, la sencillez y la calidez marcaban su impronta. Alrededor de una mesa, dentro de una cocina de techos bajos y gruesos tirantes de maderas donde colgaban jamones, chorizos y ristras de ajos, se encontraba el tío de mi padre, Carmelo, muy parecido físicamente a mi abuelo Miguel. Junto a él, su esposa y dos de sus hijos solteros que vivían en esa casa. Todos, al verme me saludaron y dieron sinceras muestras de alegría. En un rincón, un enorme y moderno aparato de televisión

destellaba imágenes que no eran en blanco y negro. Acababa de conocer la televisión a color.

Las preguntas giraron sobre los cuatros hermanos de Carmelo que habían partido hacia Argentina, sobre mi familia en particular y de mi largo viaje hasta allí. En ningún momento hicieron referencia o dieron muestras de cierto interés o curiosidad por algo más, pero al rato de estar con ellos, el mayor de los hijos presente poniéndome su mano en mi hombro me dijo mirándome a los ojos: "eres bienvenido, seguramente las has pasado muy mal, igual que tus padres, pero aquí vas a estar bien", y sin más, colocó sobre la mesa un plato de jamón crudo y rebanadas de pan. "Come, come que estás a la miseria", mientras llenaba un vaso de vino hasta el borde.

Con los días comencé a familiarizarme con el lugar y a hacer amistades con los jóvenes del pueblo. En ese sentido, no tuve ningún problema y en compañía de ellos comencé el recorrido veraniego por las fiestas patronales de los diferentes pueblos vecinos. Tengo muy buenos y alegres recuerdos de esos momentos y en esas salidas de bailes, copas y charlas me fui interiorizando de un estilo de vida donde se combina historia y modernidad, identidad y resistencia, fiestas y trabajo. Desde un primer momento estuve atento al detalle de saber, que en parte, era aceptado porque en la mayoría de la gente la reciente dictadura franquista les había marcado fuertemente. Franco había muerto pocos años antes pero cuatro década de brutal represión con sus secuelas de miles de asesinados, encarcelados y exiliados, de una manera unían en la tragedia al País Vasco con Argentina, esta última en manos de una Junta Militar que aplicaba el terrorismo de estado para enlutar al país. De igual manera, por el terror, el régimen franquista había actuado contra los vascos.

Pude percibir un pueblo con una gran conciencia de las reivindicaciones democráticas y nacionales en referencia a un espacio territorial y cultural llamado Euskal Herria, construido a lo largo de la historia mediante el euskera como elemento aglutinador. Por supuesto, el régimen franquista en su lógica autoritaria y en la creencia de una "España única e indivisible", se había ensañado contra ese pueblo prohibiéndole su lengua y sus símbolos. Sin más, tan solo un año atrás, precisamente a mediados del '77, el Ministerio del Interior español despenalizaba el uso público de la ikurriña hasta ese momento censurada y perseguida, aunque como pude comprobar, por el momento y en la práctica, significó una leve tolerancia en aquellos tiempos.

Todas esas cuestiones rápidamente despertaron mis simpatías por esta gente y el interés por saber de su historia como pueblo. Me admiraba esa resistencia y ese fuerte sentido de pertenencia, el de ser una comunidad tan viva y apegada a sus tradiciones. Como decía Denis Langrios, escritor francés en relación a los vascos, "hombres y mujeres activos con su lengua, su cultura de ayer y sobre todo de mañana".

Lamentaba, no obstante, que todo ese interés partiera de un total desconocimiento. Mi abuelo poco y nada me había contado de su País Vasco, de su aldea y de sus costumbres, tan solo algunas cortas anécdotas que poco y nada podían acercarme al más leve conocimiento del país, además, otras inquietudes, otras impaciencias y compromisos ligaron mis ideas políticas con las vicisitudes y las agitaciones de esa Argentina convulsa de los años setenta.

Al poco tiempo de estar en Doneztebe, fui incorporando diferentes vivencias y variadas informaciones como para ir adquiriendo un panorama más claro del entorno, tanto social como político. Por ejemplo, una cosa que me llamó la atención y que guarda

relación con lo comentado más arriba en torno a la lucha empeñada de los vascos contra el autoritarismo español, fue una pieza de baile que irremediamente estaba en esos años en el repertorio de todas orquestas que amenizaban las fiestas de los pueblos. Extrañado y sin saber por qué, fui testigo de cómo los jóvenes y los no tan jóvenes repetían un estribillo que decía así: “voló, voló, carrero voló y hasta las nubes llegó”, al tiempo que el varón tomaba de la cintura a su acompañante y la jalaba hacia arriba, o bien, la otra opción era arrojar al aire el jersey u otra prenda. Yo la verdad, no sabía bien quién era ese carrero ni a qué venía lo de voló, voló hasta que me enteré que hacían referencia a la muerte del almirante Carrero Blanco a mano de un comando de ETA, personaje que simbolizaba la figura del franquismo más puro y recio y pieza fundamental para la continuidad del régimen dictatorial. Lo destacado, que a más de cuatro años de lo ocurrido era aún motivo de júbilo popular para muchos vascos, que sin ser todos de un nacionalismo radicalizado, sí veían positivamente semejante acción contra quienes habían instalado un sistema de terror y atropellos.

La situación política en aquellos momentos distaba ser de lo más tranquila. Todo lo contrario. Si bien Francisco Franco había muerto el 20 de noviembre de 1975, en aquellos meses del año 1978 de transición democrática, las aguas continuaban convulsas en el País Vasco y el tema nacionalista y la relación con España era eje de un profundo debate, encrespando a toda una sociedad. Se había iniciado un duro viaje hacia la autonomía, en unos casos y en otros, hacia la conquista de cotas soberanas más profundas, pero que en síntesis, era la encarnación de las ansias del pueblo vasco de gobernarse a sí mismo

Observaba en las paredes de las calles, una profusión de pintadas políticas, seña clara de la efervescencia de aquellos tiempos, pero una consigna predominaba más que otras. La mayoría de los graffiti demostraba una negativa a la Constitución española que estaba por aprobarse en Madrid, como así sucedió mediante referéndum el 6 de diciembre de 1978. De todos modos, los vascos deslegitimaron con sus votos esa constitución, porque mientras en España se aprobó con el 59 por ciento de los votantes, en los territorios vascos ese porcentaje fue sólo del 34,6%. Solo en Navarra el sí alcanzó un poco más del 50 por ciento.

Esos resultados opositores al texto constitucional no debían de extrañar. Tengamos en cuenta que dejaba asentado: “la indisoluble unidad de la nación española, patria común e indivisible de todos los españoles”, sin contemplar el reconocimiento de los derechos históricos de los territorios vascos al sur de los Pirineos. Esto bastaba, para que un amplio sector de la sociedad vasca tildara a la Constitución española como “centralista y antivasca”.

Quizás una encuesta realizada un año atrás, luego de celebrarse el 15 de junio de 1977 las primeras elecciones legislativas, muestra de forma contundente ese desacuerdo del pueblo vasco con la situación que vivían después de la muerte de Francisco Franco. La pregunta en cuestión era si realmente España era ya una democracia, dato que extraje del libro “Naciones Secuestradas” de Mariano Saravia, y en cierto sentido las respuestas demuestran un colectivo y común punto de vista. De un total de 5.898 encuestados en el conjunto del Estado español y 1.040 en las cuatro provincias vascas, sólo un 33 por ciento de los vascos aseveró que España era un estado democrático.

Eran tiempo políticos muy intensos. Una fuerte lucha por la autodeterminación, recorría de arriba abajo todos los territorios vascos en el Estado español, unas aspiraciones de soberanía que para muchos se presentaban esperanzadoras después de la dictadura pero que no estaba librada a graves y cotidianos hechos de violencia. Al accionar de ETA, que para entonces estaba dividida en ETA militar y ETA político-militar, se contraponía una brutal represión que se generalizaba sobre el grueso de la

población vasca y las comisarías y cuarteles en el País Vasco continuaron siendo lugares tan siniestros como los eran durante el franquismo.

No olvidaré el impacto de un acontecimiento sangriento que repercutió en toda Euskal Herria. Ocurrió a finales del mes de diciembre de 1978 cuando fue asesinado mediante un artefacto explosivo en la localidad de Anglet, en la Euskadi Norte el dirigente de ETA José Miguel Beñaran Ordeñana, “Argala”, sospechado de haber intervenido en la asesinato a Carrero Blanco. El atentado fue reivindicado por un grupo paramilitar de derecha, el Batallón vasco-español, y la conmoción fue general en todo el país. El impacto llegó con fuerza, aún a las comarcas del Bidasoa, algo alejadas de las agitadas poblaciones industriales de Guipúzcoa y Vizcaya. En esas zonas, el repudio se materializó en espontáneas manifestaciones, cortes de tráfico, barricadas y ceses de trabajo en las fábricas. Quizás las palabras del que era para esas fechas el presidente del Partido Nacionalista Vasco, representante por aquellos años del sector mayoritario de los ciudadanos vascos, me refiero a Xabier Arzallus, sintetiza con certeza aquel momento luego de la muerte de Argala: “Quienes entregan la vida por su pueblo merecen nuestra admiración y respeto aunque reconozcamos todo cuanto nos separa de sus modos de actuación”.

Sin duda, ese año, fue un funesto prelude de lo que vendría y por cierto, una trágica continuación de tiempos pasados.

5

La realidad frente a mis ojos era compleja y hacía un gran esfuerzo para tratar de comprenderla, aunque fuera en sus aspectos más superficiales. Algo extraño fue ver cómo Navarra iba quedando desenganchada de los territorios hermanos de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa. Se había dado inicio al desarrollo de alcanzar el Estatuto de Autonomía para Euskadi, un proceso plagado de obstáculos y de intensas negociaciones entre los vascos y el poder político de Madrid, que culminó con su aprobación mediante referéndum el 25 de octubre de 1979. En esas tratativas y propósitos, los caminos de Navarra y la Comunidad Autónoma Vasca terminaron por bifurcarse a causa del efectivo accionar de la derecha navarra, aliada a la rancia derecha española y por algunos errores y desencuentros dentro del campo nacional vasco. Un alejamiento que tenía un antecedente cercano cuando Navarra, durante la II República 1931-1936, decidió no integrar el Estatuto de Autonomía del País Vasco (1932).

Lo que me resultó penoso y lo entendí como si un cuerpo perdiera parte de su consistencia. Era ver una mutilación que no era nada nuevo, porque venía ocurriendo desde tiempos atrás, causando daños irreparables. Lo entendió de ese modo Tomás Urzainqui Mina al decirnos: “Es precisamente en la quiebra de la territorialidad de Navarra por parte de Castilla y Francia donde está el origen del conflicto histórico que enfrenta a España y Francia con Euskal Herria”. En este caso, lo que se iniciaba era una etapa de exaltación, de promoción y divulgación de una identidad navarra específica, impulsada y desarrollada desde la derecha local y con la finalidad básica de alejar a ese territorio de su naturaleza vascona.

Lamentablemente, durante los años siguientes esta tendencia se agudizó. Se inició una eficaz y lamentable campaña desde distintos ámbitos del Gobierno Foral en detrimento de la identidad vasca y a favor de una pretendida Navarra “construida” dentro de una historia servil a esas metas. Una Navarra forzada a desligarse de los lazos comunes con el resto de Euskal Herria y alejándola de una comunidad cultural vasca, que sin Navarra, por cierto, jamás hubiera existido.

Una empresa de desinformación desconociendo o tergiversando la historia, olvidando la lengua y la cultura y donde se pretendía ocultar la existencia de un antiguo reino vasco cuyo origen se formó y partió con identidad propia de Navarra hasta extenderse a ambos lados de los Pirineos. Un reino que alcanzó a cubrir una superficie geográfica y lingüística mucho mayor que los actuales límites de Euskal Herria. Una entidad territorial con una población vasco parlante que iba desde Cantabria hasta buena parte de Cataluña como también al sur, a zonas profundas de Castilla.

Un comentario en relación a esta cuestión y si se quiere, desde un aspecto familiar y hasta anecdótico. Mi abuelo navarro, que había partido hacia Argentina allá en los comienzos de la segunda década del siglo XX, prácticamente monolingüe en euskera, o con un conocimiento básico del castellano, siempre se consideró vasco. Una identidad que asumió con naturalidad, sin esfuerzo y sin ninguna clase de posicionamiento ideológico. Era un humilde campesino, de escasa escolaridad, que con gran sacrificio logró con el tiempo tener un establecimiento comercial propio. Negocio al que llamó con el nombre: “El vasco”, porque su dueño de ése modo era conocido por sus vecinos.

Como este ejemplo, otros muchos de inmigrantes navarros que dejaron asentado a lo largo y ancho de Argentina de una manera clara su condición de vascos, aún proviniendo de los puntos más dispares de la geografía navarra, porque en definitiva, para ellos era dejar en evidencia la etnia a la que pertenecían.

Al hilo de lo expuesto, no quiero pasar por alto una particularidad vinculada a este interés de desvasquizar, (si cabe el neologismo) al conjunto de los navarros y guarda conexión con la Caja de Ahorro de Navarra. Institución financiera fundada en 1921 y estrechamente unida desde sus inicios a la sociedad navarra y a los cambios históricos, culturales, económicos y sociales gestados en su interior. Por aquellos tiempos comenzó a obsequiar a sus clientes con una profusión de material de lectura digno de destacar. Eran libros de gran calidad en cuanto a encuadernación y diseño, que realmente llamaban la atención. En una sociedad de características claramente rural, donde el hábito por la lectura no estaba muy arraigado en la mayoría de la gente, esos textos, en muchos casos, eran los únicos que entraban en los hogares, pero era sorprendente ver cómo y de qué manera los temas en relación a la historia, al arte, a la cultura o las costumbres y a diferentes aspectos de la cultura en general, perdían mágicamente sus impronta vasca. Era una Navarra desplegada a los lectores donde el término vasco estaba misteriosamente borrado en los contenidos.

6

El país transcurría en los mediados de los '70 por una aguda crisis económica, los índices de desocupación eran elevados, incluso, superiores a la media del Estado. En un País Vasco con fuertes niveles de industrialización, el estancamiento y la recesión se hacían sentir en el grueso de la población. En mi caso, a los pocos días de haber llegado busqué trabajo en lo que fuera y logré que me admitieran en una empresa constructora local como peón de albañil. El primer tiempo fue terrible porque mis manos de “estudiante” sufrieron horrores, pero valía la pena. Lo que ganaba me permitió disponer de algo de dinero y con ello, disfrutar los fines de semanas, viajar por las cercanías de Doneztebe y concurrir a las fiestas de los pueblos, tan numerosas durante la época estival. Entre ellas, las famosas Fiestas de San Fermín.

No podía haber elegido peor año. Recuerdo esa fecha: 6 de julio del año 1978. Había llegado a Pamplona con enorme ilusión, acompañado de un grupo de amigos, pero esa

tarde los aires bulliciosos y festivos de las calles colmadas de gente se fueron transformando en tragedia, violencia y estupor.

No bien iniciamos el recorrido por los bares del casco viejo de la capital navarra, estrenando mi pañuelico rojo al cuello, nos vimos sorprendidos y en medio de una refriega monumental. Las fuerzas policiales sin ningún miramiento, disparaban a diestra y siniestra y arremetían con virulencia sobre la multitud. Todos huíamos sin saber bien hacia dónde e ignorando qué estaba sucediendo. Por poco nos salvamos de ser alcanzados por las pelotas de goma lanzadas sin miramientos sobre cualquier cosa que se moviera y, lo más grave, que periódicamente se podían oír tiros de pistolas.

Aquello fue un verdadero infierno, una auténtica ratonera. En la huida o en los intentos por guarecernos detrás de los automóviles o en los portales de los edificios pude ver a personas heridas, algunas de ellas socorridas por amigos o compañeros y otras, probablemente turistas extranjeros, solos, extraviados y con signos de golpes en sus cuerpos y, en algunos casos, con la ropa manchada de sangre. Si bien, en mis años de estudiante en La Plata había participado en manifestaciones que eran disueltas con extrema violencia por la policía, lo que viví aquel día, en mi primer San Fermín, se puede igualar o supera cualquiera de aquellos momentos.

Después supimos, una vez suspendidas las fiestas, el origen de los hechos. Todo se inició en la Plaza de Toros tras desplegarse una pancarta por parte de un grupo de jóvenes. Una pancarta a favor de la amnistía para los presos políticos vascos y el retorno de ellos a Euskal Herria. Ante eso, la policía interrumpió en el recinto con gran brutalidad, disparando y golpeando a los presentes. Los enfrentamientos rápidamente se trasladaron fuera de la Plaza con el caos y la gravedad ya descrita. Lo penoso, que además de los cientos de heridos que colmaron los hospitales fue la muerte del joven Germán Rodríguez en mano de la policía, asesinado de un balazo.

7

A los pocos días de esta penosa experiencia, durante una mañana gris, en la que la lluvia caía de una manera tranquila y monótona y los montes cercanos y las calles y las casas del pueblo se confundían en un mismo tono ceniciento, algo aburrido y con la nostalgia ocupando parte del alma, escuché por vez primera una hermosa canción cantada en euskera. Nunca olvidaré esos instantes.

Mariluz, ya convertida para entonces en mi segunda madre, siempre preocupada y esmerándose para que me sintiera como en mi casa notó mi conmoción. Le pregunté el nombre de esa melodía y le rogué por favor que me tradujera la letra. “Itziarren semea”, respondió, “así se llama”. El interior de la cocina donde estábamos se cargó de una rara mezcla de angustia y abatimiento, mientras afuera, las gotas de lluvias repiqueteaban sobre los vidrios de la ventana. La canción continuaba y un cúmulo de sensaciones fueron llegando de manera extraña a través de la música y las palabras de Mariluz que decía: “Saber lo que dice te a va a lastimar. Es una canción muy triste”, Pero tanto insistí que finalmente accedió a repetirme algunas estrofas. Lo hizo con una afinada voz, por cierto, bastante común entre los vascos.

La canción nos hablaba de un joven vasco detenido por la policía y sometido a torturas durante los interrogatorios. Era como si hubiera venido conmigo dentro de mi equipaje o quizás dentro de mí. El mensaje era al orgullo de la madre por la resistencia y el valor de su hijo y comenzaba la melodía más o menos así.

“El hijo de Itziar no denunció al compañero y antes los perros permaneció firme y callado. El hijo de Itziar, jese sí que es un chaval!... para finalizar con un funesto sonido

de sirena sobre las últimas palabras de la canción que se repetía hasta apagarse lentamente. “El hijo de Itziar no traicionó al compañero y ante los perros firme y en silencio permanece. Lo han mandado a la cárcel, la ama no lo ha reconocido...”.

No pude evitar algunas lágrimas y al día de hoy, puedo decir que cada vez que escucho Itziarren semea continúo sintiendo los mismos golpes en el corazón.

8

De a poco mi vida se fue acoplando a los latidos y el sentir de ese pueblo. Donde vivía era un privilegio para los ojos. Doneztebe, que en lengua castellana es conocida como Santesteban, es una hermosa localidad entre Iruña (Pamplona) y Donostia (San Sebastián) situada en una encrucijada de caminos naturales, recorrido por un río bautizado, no muy lejos de ahí con el nombre de Bidasoa, tan cargado de historias y leyendas. Un cauce de agua de las montañas pirenaicas que baja presuroso rumbo al mar, hasta calmarse en el momento de unirse con el Cantábrico. En su camino de curvas, represas y viejos puentes es escoltado en tramos por escarpadas laderas, estrechos y verdes prados encajonados entre el río y los montes circundantes o acompañados por algunos pueblos antiguos y silenciosos alzados en sus márgenes.

Doneztebe, por aquellos tiempos, conservaba su impronta medieval y su pasado de mercaderes en un par de calles colmadas de pequeños negocios sin sufrir, aún, la agresividad de nuevas construcciones. Tenía, cuando lo conocí, algo más de mil habitantes y en su impronta histórica ostentaba el de honrarse con el título de buena villa con asiento en las Cortes navarras. Pero aún, en épocas más lejanas, una Carta Fuero de 1192 otorgaba derechos y privilegios a los moradores del Valle de Santesteban de Lerín. Una carta fuero emitida por el rey navarro Sancho VI apodado el Sabio, que si fue en vida, como dicen, buen erudito en materia de justicia y administración, lo tuvo que ser más en el arte de la guerra al verse obligado a enfrentar a las constantes invasiones militares de sus vecinos de Castilla y Aragón. Algo que fue común en la dilatada historia de este viejo Reino vasco. Las apetencias de los poderosos vecinos y la conquista por la razón del más fuerte.

En el centro del poblado se erguía una sólida iglesia en honor a San Pedro y que no podía disimular su carácter guerrero mediante la existencia de un par de saeteras donde se asomaban oxidados arcabuces. En lo alto de la torre de aquel antaño castillo, un firme y macizo campanario sobresale por encima de los techos de tejas de las casas, expandiendo el tañer de las campanas anunciando misas, vísperas, muertes e incendios, si los hubiera.

En ese pueblo se fueron, en parte, cerrando o escondiéndose algunas de mis heridas y a la vez, allí fui sintiéndome de a poco un vecino más. Un pasatiempo predilecto era estar en mis ratos libres en el parque Inzakardi, paseando o sentado leyendo un libro bajo esos impresionantes ejemplares de plátanos entremezclados con árboles autóctonos. Cuenta la historia, que en el extremo del parque, cerca del puente, existió un antiguo cementerio, hoy desaparecido, para aquellos soldados ingleses muertos en los turbulentos años de la invasión de los ejércitos napoleónicos.

Otros de mis placeres, era emprender largas caminatas por los montes de los alrededores y contemplar desde lo alto a los pueblitos vecinos; el Elgorriaga con su calle principal encalada y llena de flores durante el verano o Ituren y Zubieta, enclavados en la orilla del río Ezkurra. O las otras aldeas, al borde de la carretera hacia Beinzá Labayen, como Oiz, muy cerca de Donamaría y Gastelu, que llevan en sus memorias los pasajes brutales de la primera guerra carlistas, pero conservando, a través de los siglos,

el admirable palacio de Jaureguía, de piedra de sillería en el piso inferior y madera en el alto, que nos remite a antiguos señores y a enconadas rencillas de banderías.

Sería extenso enumerar los otros muchos pueblos de los cercanos valles, pero ese conjunto de poblaciones, esa rica geografía montañés, ese intenso tejido de caminos, de regatas, topónimos inacabables, caseríos dispersos y aislados o reunidos en pequeños grupos al abrigo de los montes o sobresaliendo entre helechales y centenarios castaños cercados por alambres de espinos, setos o tapias de lajas de piedra hincadas en el suelo, me condujeron al interés por saber cada día más sobre cada aspecto de ese pueblo, de su historia y costumbres y en general, por todo lo relacionado con el país de los vascos.

Así, cuando un día un vendedor tocó el timbre de casa ofertando la adquisición de una “enciclopedia vasca”, no dudé un instante. De ese modo, incorporé lo que para mí es uno de los mejores e incuestionables referentes en todo lo relativo a la cultura y a la sociedad vasca en toda su amplitud. Me refiero a la Enciclopedia Vasca Auñamendi, iniciada en 1969, censurada en el periodo franquista, pero en esos años de democracia, actualizada, ampliada y puesta a la venta.

Para mí, significó un enorme esfuerzo económico en relación a mi pobre jornal de peón de albañil, pero cada mes, cuando recibía esos voluminosos tomos, era un auténtico placer hurgar en ellos y tener el acceso a ese amplio campo del saber sobre el pueblo vasco. Formidables textos que sin excepciones en cuanto al ámbito territorial vasco, abarcan los más amplios aspectos de la geografía, la historia, la economía, el deporte, el arte, la música, la literatura, sin dejar ni abandonar ningún rincón de Euskal Herria, por más pequeño e insignificante que sea, al estudio y a la estadística más profunda.

Lamentablemente, años después, cuando retorné a Argentina, me ví obligado a abandonar esa enorme colección. Era tal su peso y tamaño que tuve que tomar la decisión de dejarla. En la dolorosa partida, fue una de las muchas causas que aumentaron mis aflicciones al decir adiós al País Vasco y ese valle navarro llamado Malderreka.

9

Una partida que se produjo a finales de 1987, a cuatro años del retorno de la democracia en mi país natal y dando fin a mi condición de exiliado. Pero esa vez, al viaje no lo realicé en solitario, sino acompañado por mi esposa, una donetztebarra a quien conocí en el mismo año de mi llegada. De ese modo, concluía mi estadía en Euskal Herria y tomaba la senda inversa a aquella que había hecho cuando el destino me tomó de la solapa, depositándome en esas tierras desconocidas pero que aprendí a amar y comprender en profundidad. Porque entre otros muchos sentires, fue allí, en esas tierras donde mi conciencia descubrió la sensación de pertenencia; el ser parte integrante de una nación que se prolonga más allá de los siete territorios, en la identidad visible de todos los vascos y vascas en el mundo que conformamos esa diáspora dentro de ese octavo territorio con que cuenta Euskal Herria.

Un pueblo solidario, abierto, que supo extenderme sus brazos y desnudarme su generosidad y comprensión. Donde hallé tolerancia, hospitalidad y respeto, pero también, algo más importante, en muchas de sus gentes, un sentimiento de fraternidad hacia el drama que padeció el pueblo argentino durante el terror de la dictadura militar. Porque en buena medida, la represión y el genocidio de la Junta Militar se asemejaron a la ejercida por la dictadura franquista en todo el Estado español y en particular sobre el pueblo vasco.

Las persecuciones políticas y culturales tuvieron sus similitudes, lazos equivalentes en los dos autoritarismos, las mismas causantes de dolor colectivo sobre las espaldas de los pueblos. Lo sintetiza el investigador Claudio Capuano en su trabajo sobre las similitudes entre la dictadura argentina y la franquista, al afirmar que si bien “el proceso franquista tuvo rasgos distintos al argentino, también presentó puntos en común muy fuertes. El franquismo fue construyendo un control represivo, un control social sobre la población, con políticas de Estado que previnieron cualquier desviación de lo que ellos consideraba “normal”.

Un idea de “hispanidad” dentro de una España única y monolítica, sin matices y borrando las identidades nacionales periféricas. En igual sentido operó la dictadura argentina, sometiendo a la población con la excusa de que ellos significaban un bien para la Patria. Una supuesta “argentinidad” defendida ante el comunismo, el ateísmo y el terrorismo marxista. Una Argentina pura, “occidental y cristiana”, libre de cualquier contaminación foránea. Y en ambos ejemplos, tanto en España como en Argentina, legitimando estas dictaduras, encontramos el apoyo incondicional de las jerarquías de la Iglesia Católica, el de las estructuras empresariales más poderosas junto a la cobertura mediática de los medios masivos de comunicación, colaborando, silenciado, ocultando o aceptando una impuesta censura para invisibilizar ante la sociedad las terribles consecuencias de esas políticas represivas y los severos daños económicos, sociales y culturales.

Implicancias y compromisos, en definitiva, de sectores sociales que desnudaban el carácter cívico militar de esas dictaduras que tenían la finalidad central de disciplinar a los pueblos, cortar de raíz identidades y silenciar tendencias políticas “peligrosas” para sus intereses corporativos.

Con esto quiero dar por finalizadas las que tan solo pretenden ser unas leves pinceladas de recuerdos y vivencias de aquel año 1978. Retazos de memorias, sencillas estampas históricas y emociones personales de alguien que, llegando a lo desconocido e incierto, encontró sus raíces. Como quien tan solo tuvo que excavar un poco en la tierra para hallar sus propios cimientos. Un poco sorprendido y admirado al sentir que a partir de ese reconocimiento uno comienza a incorporar otros cielos, otras esperanzas, otras luchas. Porque esa situación desesperante de cualquier desterrado al pensar: “estoy aquí, pero no pertenezco” en mi caso, la transmuté en: “estar y pertenecer”. Estando y perteneciendo a esa tierra vasca llamada Euskal Herria aún en la distancia, cuando el fin del exilio ya es algo que quedó en los suburbios del pasado y uno, nuevamente, ha recobrado aquel pedazo de mundo abandonado al pie de la escalerilla del avión, una tarde de mayo en Ezeiza, hace treinta y cuatro años atrás.